

Sociedad

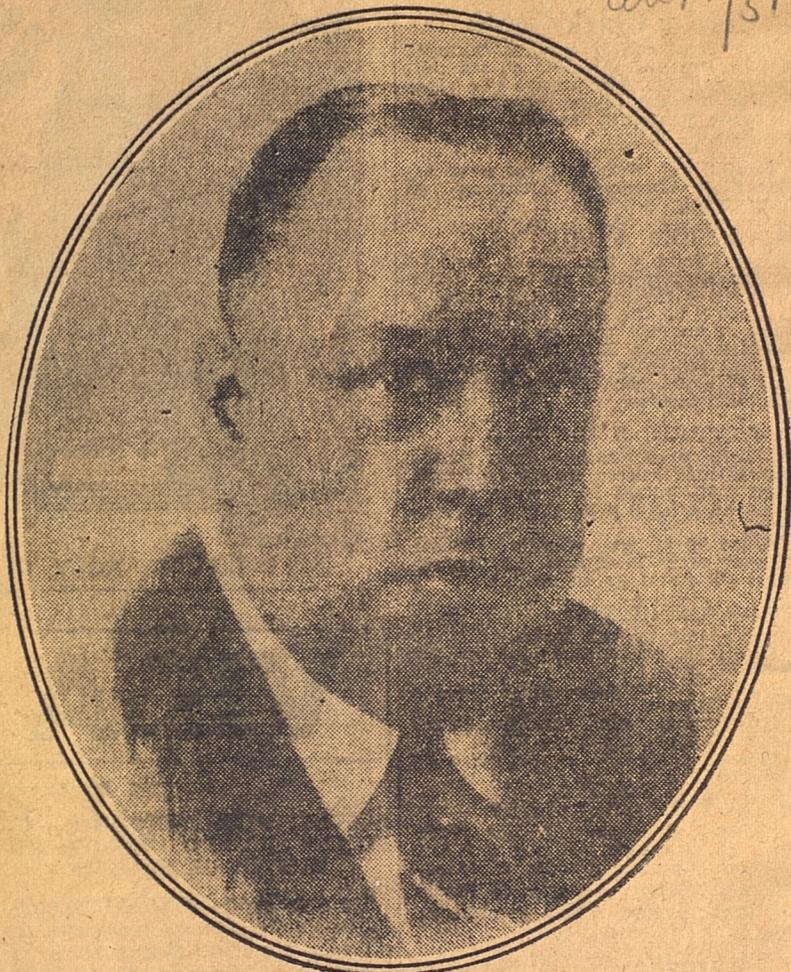


OPOR
PABLO ALVAREZ DE CAÑAS



HA MUERTO EL MAESTRO

Pablo
abr 21/37



ENRIQUE FONTANILLS

El maestro ha muerto.

Se niega el alma, estremecida, a dar crédito a la desoladora realidad.

Lloran los ojos, y se enluta el espíritu ante el gran duelo.

Pocas veces una emoción igual ha embargado mi alma; ¿y por qué no decirlo?: mis lágrimas de hoy por el fraterno amigo, vienen por el mismo cauce por donde no ha mucho corrieron las más filiales.

Pena grande que halla sus raíces en lo hondo del alma, y que por tanto anonada e incapacita de hacer públicas demostraciones en pulidas frases; por esa verdad que dice: "lo grande, lo absoluto del dolor ni se comenta ni se describe".

Sobran todas las palabras ante la elocuencia de los sentimientos... Ese es mi caso en las presentes circunstancias.

Emociones que estoy bien cierto comparte en pleno la sociedad cubana.

Ha muerto su más galante paladín, su más esforzado y gentil caballero.

Para hablar del maestro, no halla palabras el cronista, ni hay otra tinta que la del propio corazón que sea legible para trazar estas más hilvanadas líneas.

Vienen a la mente, tantas y tan diversas ideas; recuerdos que la emoción no permite coordinarlos ni expresarlos.

Su labor larga y brillante cual ninguna. Al celebrar estaba sus cuarenta y dos años con la crónica social, en la que era un símbolo, pues hizo de ella, algo que sobre-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

pasó los límites de nuestra patria; pues, ¿a dónde no llegó la crónica de Fontanills? ¿Dónde no fué espejo de galanura y modelo de perfección?

Fué un renovador que hizo de su pluma un instrumento musical; creando un estilo armónico y sonoro, que mucho se ha querido imitar sin lograrlo; usando del adjetivo como un verdadero artista; hábil y preciso siempre, supo decir con donaire y elegancia el cumplido que más se ajustaba al deseo del cumplimentado, y nadie dijo más brevemente un elogio que fuera todo un poema.

Así era el insigne decano como cronista.

¿Qué decir del compañero siempre galante, comprensivo, de alma grande que no supo nunca de pequeñeces y bastardías? Maestro de todos, sin duda, fué el fraternal camarada que con su experiencia y su mundología, tenía siempre a mano el consejo útil, la frase alentadora; yo, entre ellos, el que al comenzar hace poco más de seis años mi labor en esa empinada cuesta de la crónica, ardua y siempre espinosa; que lo es aún mucho más en sus comienzos, y allí fué cuando franca y abierta me tendió su mano amiga, del que será para mí inolvidable. Así fué siempre alentando mi labor; de ello dan fe aquellos párrafos que me dedicó en una ocasión al felicitar me y que agradecido entonces y afligido hoy, copio aquí: "No recuerdo de un cronista que en menos tiempo haya alcanzado mayor popularidad, etc."

Después también hallaron los sabios labios del maestro en momentos de gran oportunidad, una frase que ha sido mi divisa "Los perros áullan, pero la caravana pasa".

¿Cómo no sentir y cómo llenar el gran vacío que deja el excelso compañero que perdemos?

Con nosotros llora su esposa, su gran alentadora, la que veló como ángel tutelar, esforzada y abnegada al pie de su lecho de enfermo en esa agotadora alternativa que han sido los últimos tiempos del querido Fontanills.

Únicamente su maravilloso espíritu, su indomable energía, hubiera mantenido aquel estado de cosas. Ni un solo día mientras vivió, faltó su leída sección a sus lectores. Su firma, que tanto decía, no faltó nunca en el "Diario de la Marina".

Era la esposa que, cual vestal, mantenía viva la llama, y que multiplicándose entre los cuidados y ternuras al cuerpo enfermo, infundía al alma los impulsos y las inspiraciones que eran para el maestro, el no faltar a su deber, el rendir día tras día su labor amada, el diario parlotear con sus lectores.



Pobre María y pobres sus tier-
nas hijas, esas dos sonrisas que
alegraron la gloriosa vida del
maestro.

Un consuelo han de tener como
único lenitivo a su gran dolor, la
devoción de la sociedad cubana.
que toda ella comparte el gran pe-
sar que hoy embarga por igual a
todos sus miembros.

¿Quién no ha de llorar a Fonta?
¿Quién no le enviará una flor?
Por millares irán acompañando-

le hasta su eterna morada.
La sociedad y la crónica están
de luto, que será "in eternum",
por el eterno ausente.

Silencio en la tierra a los que
aquí lloramos.

Y paz en los cielos para el alma
del maestro.

Pablo Alvarez de Cañas.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA